

**DESESPERACIÓN**  
**SØREN KIERKEGAARD Y LA ENFERMEDAD**  
**DEL ESPÍRITU**

*Manuel Porcel Moreno*

*Sumario:* En La enfermedad mortal, Kierkegaard analiza la desesperación como una de las claves de la antropología. La desesperación es parte esencial de la existencia humana, y su análisis nos permitirá comprender de un modo nuevo otras nociones fundamentales como son la síntesis, el devenir, la libertad, el pecado, la fe, etc. Ahora bien, ¿es la desesperación, en tanto que enfermedad propia del espíritu, una ventaja o un defecto? Esta será la pregunta que el autor del presente artículo pretenderá dilucidar a partir del camino que recorre, según el filósofo danés, el hombre a lo largo de su existencia para llegar a ser sí mismo, concluyendo que ese camino sólo conduce hacia el sí mismo cuando el hombre decide libremente apoyarse en el Poder que lo fundamenta.

*Summary:* In The Sickness unto Death, Kierkegaard analyzes despair as one of the keys in anthropology. Since despair is an essential part of human existence, his analysis will let us understand in a new way other fundamental notions such as synthesis, becoming, sin, faith, etc. Now, is despair, as a sickness proper to spirit, an asset or a shortcoming? This is the question the author of the present paper intends to elucidate starting from the path man has to cover during his existence, according to the Danish philosopher, in order to become oneself, concluding that this path only leads to oneself when man freely resolves upon resting on the Power which grounds him.

*Palabras clave:* Existencia, individuo existente, devenir, síntesis, desesperación, paradoja de la fe, Dios.

*Key words:* Existence, existent individual, becoming, synthesis, despair, paradox of faith, God.

Fecha de recepción: 12 julio de 2016

Fecha de aceptación y versión final: 22 diciembre de 2016

## **1. Introducción**

La filosofía kierkegaardiana surge en contraposición al sistema hegeliano. Según el filósofo danés, la filosofía anterior ha considerado la existencia de una manera abstracta e ideal. La gran crítica de Kierkegaard al sistema hegeliano, es que el indivi-

duo, dentro de dicho sistema, es un momento más dentro del despliegue del espíritu absoluto. El individuo para Hegel, no es un individuo visible a los ojos de los sentidos, tampoco es captable con la percepción, ni siquiera por el entendimiento, sino que sólo es aprehensible para la razón. La antropología hegeliana es abstracta. Al ser el espíritu absoluto el único origen del hombre, el hombre es tratado como un todo homogéneo y sometido a las mismas leyes, comunes para todos los individuos. Así el individuo concreto desaparecía para dejar paso a la sociedad, a la humanidad o cualquier entidad supraindividual. Los hegelianos se preocupaban por lo universal menospreciando lo individual, subjetivo y concreto<sup>1</sup>.

Al contrario, Kierkegaard, desarrolla toda la concepción del hombre como posibilidad que existe frente a Dios<sup>2</sup>. La filosofía kierkegaardiana va a partir de lo individual, de lo subjetivo, de lo concreto. Parte de la existencia que hace referencia al ser humano particular, como diría Unamuno, “al hombre de carne y hueso”. Para Kierkegaard existir es hacerse como individuo.

En efecto, el filósofo danés parte de la existencia para ponerla directamente en relación con el individuo humano concreto, con el sujeto biográfico. Para él existir es ser individuo. Este “individuo existente” está en devenir, es decir, ha de hacerse mediante sucesivos actos de libre elección. Este individuo no es un individuo que se sumerge en la masa anónima, sino que se compromete a sí mismo, dándole el sentido y dirección a su vida. Pero esta existencia sólo alcanza su plenitud cuando es capaz de trascenderse a sí misma ligando su proyecto de existencia al concurso de la voluntad divina. Es decir, solamente alcanza la plenitud existencial, cuando el individuo se apoya en el Poder que lo fundamenta, en Dios.

Sin embargo, para llegar a esta meta, es decir, al individuo delante de Dios, el hombre ha de recorrer un camino a lo largo de su propia existencia para llegar a la perfección. Este camino tiene tres estadios o modos de existir: el estadio estético, el estadio ético y el estadio religioso. Cada estadio tiene una forma concreta de vida, que excluye a las demás, ya que estos tres modos de existir no pueden ser vividos a la vez. A lo largo de este camino hacia la plenitud existencial, es el individuo quien mediante su libertad personal, toma las decisiones concretas de su vida. Pero solamente, llega al tercer estadio, a la plenitud existencial, cuando descubre que está en relación de dependencia respecto a un Poder que no es él mismo.

---

<sup>1</sup> “En polémica con el idealismo, señala su limitación fundamental en haber convertido a la humanidad en una especie, en una totalidad que subordina a sí el destino de las partes, según el movimiento necesario del proceso dialéctico del que nada se libra. En la concepción hegeliana la existencia se convierte en una manifestación del concepto, y la historia del individuo se resuelve en una fenomenología del Espíritu Absoluto; pero de esta manera la originalidad irrepetible del hombre interior queda irremediamente eliminada y se pierde todo valor ético, ya que bien y mal no se oponen entre sí, sino que se convierten en momentos necesarios del devenir dialéctico de la totalidad”, B. FORTE, *La eternidad en el tiempo*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2000, 79-80.

<sup>2</sup> “A Kierkegaard le espanta que se esfume la existencia del sujeto y, con ella, la posibilidad de una relación viva y verdadera con Dios. Hay que dejar hueco a la paradoja y a esa decisión única de donde emerge la fe”, R. LARRAÑETA, *La lupa de Kierkegaard*, Editorial San Esteban, Salamanca 2002, 120.

La única alternativa válida para la vida del individuo está en el existir delante de Dios<sup>3</sup>. El “sí mismo” del individuo está ausente tanto en la vida del esteta como en la vida del hombre ético. La vida del esteta, transcurre en la pura inmediatez, la cual anula toda relación: con los demás y con la historia, ya que el otro es considerado como un “no yo”, y de esta manera lo convierte en un puro medio de satisfacción personal; con su propio yo, al que rechaza o desconoce; con Dios, del que no llega a tener conciencia al no tenerla de su mismidad.

Este “sí mismo”, también está ausente en la vida del hombre ético, ya que al supeditar lo particular a lo general y universal está renunciando a ser sí mismo en favor de lo general, está rechazando su interioridad para expresarla en algo exterior, sacrificándose a un deber que imposibilita el movimiento de la fe. Está olvidando que el único deber del Particular, que es superior a lo general y universal, sólo existe en relación a Dios. Es cabalmente en esta relación donde el Particular se relaciona absolutamente con el absoluto. Pero, esto sólo es posible a través de la paradoja de la fe.

En definitiva, tanto la vida del hombre esteta como la vida del hombre ético es una vida abocada a la desesperación. Por tanto, como dice el filósofo danés, la única salida posible de esta enfermedad mortal es, que el hombre se agarre a su desesperación, decida “ser sí mismo”, y se fundamente en el Poder que lo ha creado: “Porque, cabalmente, la fórmula que describe la situación del yo una vez que ha quedado exterminada por completo la desesperación es la siguiente: que al autorrelacionarse y querer ser sí mismo, el yo se apoye de una manera lúcida en el Poder que lo ha creado”<sup>4</sup>.

El existente delante de Dios, es el hombre que tiene esta existencia auténtica, que ha decidido a través de su libertad ser un individuo concreto en medio de la masa, ha elegido ser “sí mismo”, y de esta manera se ha despojado de la desesperación, para realizar el movimiento de la fe, y apoyarse de una manera lúcida en el Poder que lo fundamenta, es decir, en Dios. Es un ser que está en dependencia respecto a Dios, que existe delante de Dios y que en Dios ha de buscar su paz y reposo.

Pero ¿por qué empezar hablando de la desesperación? Porque es a través de la desesperación como el hombre se reconoce como un yo desesperado. La desesperación está vinculada a lo eterno del yo, es decir, el yo desespera porque no está fundamentado en el Poder que lo ha creado. En el momento en que el yo rehúsa o se desliga del Poder que lo fundamenta, es un yo que desespera. Ya sea esta desesperación inconsciente, lo que conduce al hombre a una vida anónima en la masa, o sea ésta consciente, no queriendo desesperadamente ser sí mismo, o desesperadamente ser sí mismo. En definitiva, para que el hombre se despoje de esta enfermedad mortal, ha de elegirse a sí mismo, y fundamentarse en el Poder que lo ha creado.

---

<sup>3</sup> Cf. M. PORCEL, “El existir ante Dios. Una aproximación al concepto de existencia en el pensamiento de Søren Kierkegaard”: *Proyección* 252 (1/enero-marzo, 2014) 59-84.

<sup>4</sup> S. KIERKEGAARD, *La enfermedad mortal*, Trotta, Madrid 2008, 34.

## 2. ¿Es la desesperación una ventaja o un defecto?

La desesperación es una enfermedad mortal y, por tanto, un defecto. Pero, en un sentido puramente dialéctico, puede considerarse como una ventaja, aunque solamente en cuanto que posibilidad<sup>5</sup>. Así, poder desesperar es una ventaja infinita y, sin embargo, estar desesperado es la mayor de las desgracias. Paradójicamente, estar desesperado representa una caída con respecto a poder estarlo, una caída tan profunda como la infinita ventaja de poder estarlo. El hombre que no está desesperado ha de estar continuamente desechando la posibilidad de estarlo. Si, por el contrario, la caída ha tenido lugar, es una gran ventaja darse cuenta de que se tiene esta enfermedad: salir de ella y curarse es la máxima felicidad.

La desesperación es, esencialmente, una discordancia en una síntesis cuya relación se relaciona consigo misma. Pero la síntesis no es la discordancia, sino solamente la mera posibilidad, es decir, es en la síntesis donde reside la posibilidad de la discordancia. Ya que si la síntesis fuese la discordancia, no existiría la posibilidad, sino que sería algo inherente a la naturaleza humana, poco más o menos como cualquier otra de las enfermedades que contrae.

Así, pues, la desesperación viene de la relación que se relaciona consigo mismo, es decir, del yo. La desesperación es una categoría propia del yo, que guarda relación con lo eterno que hay en él. Ahora bien, el hombre no puede deshacerse de lo eterno, no puede arrojar para siempre lo eterno lejos de sí, no hay cosa más imposible. Por lo tanto, siempre que el hombre se encuentra sin lo eterno, es porque lo ha rechazado o lo está rechazando, pero lo eterno retorna continuamente, y así el desesperado está apresando a cada instante la desesperación. En efecto, dado que la desesperación viene de la relación que se relaciona consigo mismo, que es el yo, y que, en consecuencia, el hombre no puede deshacerse de esta autorrelación, ya que sería deshacerse de su propio yo, la desesperación vuelve continuamente a las manos del desesperado.

Al estar vinculada la desesperación a lo eterno del yo, ésta se convierte en una enfermedad mortal, pero en el sentido de que no termina con la muerte del hombre. Para morir de desesperación, sería necesario que muriera lo eterno. Pero como lo eterno no muere, la desesperación es la única enfermedad mortal que no mata<sup>6</sup>.

A simple vista, solemos decir que un hombre desespera por algo, cuando en realidad desespera de sí mismo, lo que quiere es deshacerse de sí mismo. Podemos traer al caso a esa persona con gran afán de dominio que tiene el lema de: "O César o nada". Así, cuando no llega a ser César, se pone a desesperar. Pero este hombre, en realidad, no

<sup>5</sup> "La posibilidad de esta enfermedad es la ventaja del hombre sobre el bruto; caer en la cuenta de esta enfermedad es la ventaja del cristiano sobre el hombre natural; y estar curado de esta enfermedad es la felicidad del cristiano", *ibid.*, 35.

<sup>6</sup> "Así como el puñal no puede matar el pensamiento», así tampoco la desesperación, gusano inmortal y fuego inextinguible, puede devorar lo eterno –el yo– que es el fundamento en que aquélla radica", *ibid.*, 39.

desespera por algo, sino que, al no llegar a ser César, no puede soportar ser sí mismo. Por lo tanto, no desespera por no haber llegado a ser César, sino de su propio yo que no ha llegado a serlo.

Desesperar de sí mismo es la fórmula de toda desesperación. La forma de desesperación en la que uno desesperadamente quiere ser sí mismo se puede resolver en la otra, aquélla en la que uno desesperadamente no quiere ser sí mismo, puesto que aquel yo que desesperadamente quiere ser es un yo que él no es. En definitiva, lo que quiere es desligar su yo del Poder que lo fundamenta. Pero fracasa inevitablemente, ya que aquel poder que lo fundamenta es más fuerte y le presiona a ser el yo que no quiere ser. De aquí que el hombre siempre quiera deshacerse de sí mismo, del yo que es realmente, para así llegar a ser otro yo.

Esta enfermedad es también universal, pues está presente en todos los hombres. No hay ningún hombre que no sienta alguna vez en lo más profundo de su alma una cierta inquietud, una desarmonía, una angustia ante una posibilidad de la existencia o un desasosiego por sí mismo. Es imposible que todo aquel que viva fuera de la cristiandad no sea un desesperado, en virtud del mismo concepto de desesperación. Y aun viviendo dentro de la cristiandad, todo cristiano ha de serlo de verdad, íntegramente, y mientras que no sea así, siempre tendrá algo de desesperado.

Estas afirmaciones, en apariencia descorazonadoras, sombrías, amargas, no lo son en absoluto. Al tratarse la desesperación de una categoría del espíritu, la llamada que ésta hace al hombre le anima a elevarse, a despojarse de lo inmediato, a salir de lo temporal y finito, para tomar conciencia de su ser infinito, espiritual y eterno.

Aunque sea ésta una enfermedad propia de la categoría del espíritu con carácter universal, la desesperación no reviste la misma forma en todos los hombres, ni siempre es idéntica en el sujeto particular que la padece. Así, la desesperación puede revestir diversas formas, pero profundizando en el análisis, descubrimos que estos diversos modos pueden esclarecerse de una manera abstracta considerando al yo como síntesis. El yo está formado de infinitud y finitud. Pero esta síntesis es una relación que se relaciona consigo misma y, como tal, está dotada de libertad, la cual consiste en ser un movimiento dialéctico entre posibilidad y necesidad. Por tanto, desde esta síntesis que se relaciona consigo mismo, podemos ver la desesperación bajo dos categorías: la desesperación vista bajo la doble categoría de finitud-infinitud, y bajo la doble categoría de posibilidad-necesidad.

Sin embargo, la diferencia cualitativa entre una u otra desesperación radica en que ésta sea o no consciente. Por tanto, la desesperación ha de ser considerada bajo la categoría de conciencia. Toda desesperación es consciente, pero esto no quiere decir que todo aquél que se halle en la desesperación, y por ende sea un desesperado, esté consciente de serlo. En definitiva, lo decisivo con relación al yo siempre es la autoconciencia. Así, la desesperación, vista bajo la categoría de conciencia, puede ser consciente o inconsciente de sí.

### 3. La desesperación vista bajo la doble categoría de finitud-infinitud

El yo es la síntesis consciente de finitud e infinitud, la cual se relaciona consigo misma, y cuya tarea no consiste sino en llegar a ser sí mismo, tarea sólo verificable en la relación con Dios. Ahora bien, llegar a ser sí mismo significa hacerse “concreto”. Pero hacerse concreto no significa llegar a ser finito o infinito, sino que lo que tiene que hacerse concreto es la síntesis.

Tal evolución consiste en que, sin cesar el yo, vaya librándose de sí mismo en el hacerse infinito, sin que por otra parte se olvide de regresar a sí mismo constantemente en el hacerse finito. Pero si este yo no llegara a ser sí mismo, entonces lo tendríamos desesperado, sea consciente de ello o no lo sea. En definitiva, el yo siempre está en todos y cada uno de los momentos de su existencia en devenir, ya que el yo es algo que ha de hacerse. Por lo tanto, la desesperación es no ser sí mismo. Así, el yo que no sea sí mismo, mientras que no se haga sí mismo, es un yo desesperado.

#### 3.1 *La desesperación de la infinitud equivale a falta de finitud*

La dialéctica del yo consiste en ser una síntesis y, por lo tanto, una cosa nunca puede dejar de ser la contraria. En consecuencia, ninguna forma de desesperación puede definirse sin su relación con lo opuesto de la misma.

En la síntesis del yo, lo que limita es lo finito, mientras que lo que ensancha es lo infinito. Así, lo fantástico, lo ilimitado, va a ser la desesperación propia de la infinitud. Pero lo fantástico se va a relacionar con el sentimiento, el conocimiento y la voluntad, y de ahí que podamos decir que un hombre tiene un sentimiento, un conocimiento y una voluntad fantásticos<sup>7</sup>.

Lo fantástico es lo que trasporta al hombre hacia lo infinito, lo que hace desencaminarle de sí mismo, reteniéndolo apartado e imposibilitándole el retornar hacia sí.

Una vez que el sentimiento se ha convertido en ilusorio, el yo va difuminándose progresivamente, hasta convertirse en una especie de sensibilidad impersonal. Podemos comparar el sentimiento del hombre a quien éste se le ha vuelto fantástico, como aquel hombre reumático que no es dueño de sus sensaciones, las cuales están al arbitrio del clima y de los vientos.

De igual manera sucede cuando el conocimiento se vuelve fantástico. El progreso del yo respecto al conocimiento, en el hacerse sí mismo, es el grado ascendente del conocimiento de sí mismo, es decir, “que el yo, cuanto más conoce, más se conozca a

---

<sup>7</sup> “La fantasía es en general el medio de la infinitización. [...] En definitiva, los sentimientos, los conocimientos y la voluntad que vayan en un hombre dependen de la fantasía que tenga, es decir, de cómo todas aquellas cosas se proyecten reflexivamente en la fantasía”, *ibid.*, 52.

sí mismo”<sup>8</sup>. De lo contrario, el camino ascendente del conocimiento terminará destruyendo el yo del hombre.

Lo mismo pasa con la voluntad cuando se vuelve imaginaria: el yo no hace más que perderse constantemente.

Por lo tanto, cuando el sentimiento, el conocimiento y la voluntad se han hecho fantásticos, el yo corre el peligro de convertirse también en un yo imaginario, ya sea precipitándose al mundo de la ilusión activamente, o pasivamente como si hubiera sido transportado a un mundo de fantasía.

En definitiva, este yo que se infinitiza, adentrándose en una existencia fantástica o en un abstracto aislamiento, careciendo de su mismidad, de la cual no hace más que desvincularse más y más, es un ser abocado a la desesperación.

Pero este mismo hombre, aunque sea un desesperado y generalmente le quede esto al descubierto, no quiere decir que no pueda proseguir viviendo, y ser un hombre ocupado en lo temporal, contrayendo nupcias, aumentando la prole, siendo honesto, y teniendo una buena apariencia a vista de todos. Porque, aun siendo la pérdida del yo el mayor de los peligros, éste puede pasar inadvertido en el mundo, como si de una nadería se tratase.

### 3.2 *La desesperación de la finitud equivale a falta de infinitud*

Esta desesperación que proviene de la carencia de infinitud es limitación y restricción. Pero, en el tema que nos concierne, sólo hablamos de limitación y restricción en el sentido ético.

En esta forma de desesperación hay una gran carencia de originalidad. Es decir, el yo se ha desprendido de su originalidad primitiva, habiéndose castrado en un sentido espiritual. Por lo tanto, el hombre nunca debe de ninguna manera renunciar a ser sí mismo por temor a los hombres, ni siquiera a ser sí mismo en su más esencial singularidad movido por el mismo temor a los hombres. Este hombre encuentra muy arriesgado ser sí mismo, siendo más fácil y seguro ser como los demás, convirtiéndose en un anónimo en la masa<sup>9</sup>.

De esta forma de desesperación no cae en la cuenta realmente nadie en el mundo. Aquí no hay ninguna dificultad, ni ningún entorpecimiento con su propio yo o con

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, 53.

<sup>9</sup> “De esta manera, con tanto mirar a la muchedumbre de los hombres en torno suyo, con tanto ajeteo en toda clase de negocios mundanos, con tanto afán por llegar a ser prudente en el conocimiento de la marcha de todas las cosas del mundo..., nuestro sujeto va olvidándose de sí mismo e incluso llega a olvidar –entendiéndolo en el sentido divino de la expresión– cómo se llama, sin atreverse ya a tener fe en sí mismo, e infinitamente mucho más fácil y seguro lo de ser como los demás, es decir, un mono de imitación, un número en medio de la multitud”, *ibid.*, 55.

el hacerse infinito, sino que, olvidándose de sí mismo, se convierte en una especie de canto rodado o una moneda corriente que va pasando de mano en mano.

Este hombre no es considerado como un desesperado por nadie, pasando desapercibido. Ya que, como es natural, no se considera desesperación a lo que a uno no le acarrea molestia alguna en la vida, sino que se la hace más llevadera y placentera.

Así, el hombre desesperado, a causa de su falta de infinitud, puede vivir perfectamente en la temporalidad, siendo en apariencia alabado por los demás hombres, honesto y con una buena reputación, ocupándose de sus oficios terrenos. Semejantes hombres quizás pasen a la historia, pero no en modo alguno siendo sí mismos, ni teniendo ningún yo en el sentido espiritual, ni mucho menos ningún yo delante de Dios.

#### **4. La desesperación vista bajo la doble categoría de posibilidad-necesidad**

En el hacerse uno a sí mismo, con toda libertad, son igualmente fundamentales la posibilidad y la necesidad. Al igual que la constitución del yo está formada por la infinitud y la finitud, igual de constitutivo es la posibilidad y la necesidad, ya que tanto el que carece de posibilidades como el que no tiene ninguna necesidad es un yo desesperado.

##### *4.1 La desesperación de la posibilidad equivale a la carencia de necesidad*

Al igual que lo finito es lo que restringe respecto a lo infinito, así la necesidad es lo que aprisiona respecto a la posibilidad. El yo en sí mismo ha de hacerse, pero, en cuanto que sí mismo, es necesidad; y, en cuanto que ha de hacerse, es posibilidad. Ni la posibilidad ni la necesidad pueden faltar.

Si la posibilidad anula la necesidad, el “yo sale en volandas a la grupa de la posibilidad, huyendo de sí mismo y sin que quede nada necesario a lo que retornar”<sup>10</sup>. Es decir, el yo terminaría convirtiéndose en una posibilidad abstracta. Todo se convierte en posible para el yo, pero quedándose todo en pura posibilidad. Ésta es, precisamente, la desesperación propia de la posibilidad.

Por lo tanto, a los ojos del yo, la posibilidad aparece cada vez mayor. Éste ve brotar posibilidades de todos sitios, ya que nada se le vuelve real. Así, todo termina convirtiéndose en posible, lo que quiere decir que el yo se ha sumergido en un mar de posibilidades, siendo tragado. Pero, tan pronto como se le revela algo como posible, inmediatamente surge otra nueva posibilidad y, así, el yo se ve envuelto irremediabilmente en un círculo de fantasmagorías, convirtiéndose el individuo en un puro fantasma.

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, 57.



Este individuo falto de necesidad, está desprovisto del vigor y la obediencia para supeditarse a la necesidad del propio yo, siendo ésta la frontera interior<sup>11</sup>. De esta manera, “lo único que ha hecho es perderse a sí mismo, dejando que su propio yo se proyectara fantásticamente en el mundo de la posibilidad”<sup>12</sup>. Extraviado de sí, proyecta sus fantasías sobre un mundo en el que todo relumbra como omnímodamente posible para sus deseos egocéntricos.

Pero en el mundo de lo posible caben múltiples posibilidades. Éste es el motivo por el cual el yo puede perderse de mil maneras posibles, aunque en definitiva éstas se reducen a dos. Una primera manera de extravío es la del deseo o la nostalgia, que tiene que ver con el camino de la esperanza. El hombre, con la posibilidad del deseo, en vez de contener la posibilidad con el dominio de la necesidad, corre tras ella, hasta perder el camino de retorno a sí mismo<sup>13</sup>.

El otro modo de extravío es el de la melancolía imaginativa, que tiene que ver con el temor o la angustia. El individuo, melancólico anhelante, va tras la posibilidad de la angustia, que no hace más que alejarle de sí mismo, dejándole que muera en esa angustia, o muriendo en lo que más le angustiaba tener que morir. Aferrado a la angustia, la propia angustia lo envuelve a él y al conjunto de sus posibilidades. Unas veces, la posibilidad angustiada y temible le acompaña hasta la misma tumba; otras, la angustia domina ante la definitiva pérdida de aquello que se temía perder.

#### 4.2 *La desesperación de la necesidad equivale a la carencia de posibilidad*

Si todo en el hombre fuera necesidad, no le resultaría posible hacerse a sí mismo alcanzando una síntesis personal original entre posibilidades diversas y a menudo contradictorias. La necesidad es un vector real de la existencia humana, pero no lo es todo. Precisa conjugarse con el espectro dinámico de lo posible e incierto. Es la posibilidad la que vivifica existencialmente a la necesidad.

Para Kierkegaard, lo decisivo está en la afirmación de que para Dios todo es posible. Esta afirmación es eternamente verdadera y, por tanto, es en todo momento verdadera. Pero lo realmente importante es que el hombre crea que para Dios todo es posible, es decir, lo principal es que el hombre quiera creer. Ahora bien, la fe significa perder la razón para llegar a Dios.

<sup>11</sup> “Con la posibilidad acontece como un niño a quien se le invita a participar en uno u otro juego; el niño está dispuesto a jugar inmediatamente, pero lo que importa es saber si los padres lo consienten. Pues bien, la necesidad viene a ocupar en nuestro caso el puesto de los padres”, *ibid.*, 58.

<sup>12</sup> *Ídem.*

<sup>13</sup> “Con la posibilidad del deseo pasa algo muy semejante a lo que le aconteció a aquel caballero, del que tanto se habla en los libros de aventuras y en las leyendas populares, que cabalgando un día, no muy lejos de sus dominios, alcanzó a ver de repente un ave extraña, y pareciéndole al principio que la tenía muy próxima, se puso a seguirla con todo ahínco, mientras que el ave no dejaba de volver a tomar vuelo cada vez que aquél se le acercaba... hasta que de esta manera se echó la noche encima y nuestro caballero estaba ya muy lejos de los suyos, sin poder encontrar el camino de vuelta en unos parajes tan desconocidos”, *ibid.*, 59.

El hombre, cuando es llevado a un estado de extrema necesidad, hallará la salvación con la creencia de que para Dios todo es posible; a los ojos humanos, dicha salvación se mostrará como imposible, y es ésta la lucha de la fe, que combate ferozmente por la posibilidad. La salvación va a ser la posibilidad, ya que carecer de posibilidades es como la falta de oxígeno para los pulmones.

La victoria de esta batalla sólo depende de que el hombre quiera abrirle paso a la posibilidad, es decir, depende de que tenga fe. Este hombre sabe que su ruina es segurísima; sin embargo, habitualmente creemos que no nos sucederá tal cosa. El temerario, por su parte, entra en el peligro con muchas posibilidades, pero, si la ruina le alcanza, entonces desespera y se rinde. Al contrario, el creyente observa y comprende su ruina, pero cree. Esto es precisamente lo que le salva. Se contenta con creer que para Dios todo es posible, dejando en sus manos el problema de cómo ser socorrido<sup>14</sup>.

Con la carencia de posibilidad, todo se convierte en necesario o en trivial. El determinista o fatalista ha perdido su propio yo y, por tanto, es un yo desesperado. Esta desesperación proviene de la pérdida de Dios y, con ello, de la pérdida de sí mismo. El fatalista no tiene Dios, sino que su Dios es la necesidad<sup>15</sup>.

Pero, la carencia de posibilidad también puede llevar al hombre a la pedantería y la trivialidad. Si podemos decir que el determinista o fatalista tiene una desesperación espiritual, la pedantería es la carencia de espíritu y, por tanto, una desesperación. Al no poseer la trivialidad ninguna de las categorías del espíritu, pierde la posibilidad de descubrir a Dios. Kierkegaard tipifica esta vida con la figura del pequeño burgués: personaje banal, que se satisface en lo trivial y carece de imaginación y de espíritu<sup>16</sup>.

La experiencia de la desesperación, según venimos señalando, cobra diferentes modulaciones según la tipología psico-espiritual del existente del caso. Unos son extraviados por su loca fantasía en un universo de posibilidades ficticias: caen presas de la pura posibilidad, inconscientes de la realidad y vigencia de la necesidad. Pero, de entre quienes transitan por el camino de la necesidad, unos lo hacen por el sendero del fatalismo determinista y otros por la senda de la frívola trivialidad. Los fatalistas, aunque experimentan la existencia como un *fatum* (como un destino inexorable y fatal) y se contemplan a sí mismos como carentes de libertad

---

<sup>14</sup> “La fe es comprender que tal cosa, humanamente, es su perdición, creyendo a la par en la posibilidad. Entonces Dios viene en su ayuda, quizás ahorrándole el espanto, o quizá mediante el pavor mismo, pero en tanto que también se le muestra la ayuda divina de un modo inesperado y milagroso. [...] El hecho de que un hombre sea socorrido milagrosamente depende en realidad del apasionamiento de su inteligencia para comprender que la ayuda era imposible, al mismo tiempo que de la lealtad que haya manifestado para con el Poder que a pesar de todo le ayudó”, *ibid.*, 61.

<sup>15</sup> “La religión del fatalista es a lo sumo una mera interjección, y propiamente no es más que mutismo, muda sumisión e incapacidad absoluta para la plegaria”, *ibid.*, 62.

<sup>16</sup> “Sin imaginación, cosa que el pequeño burgués nunca ha tenido, éste va viviendo en un cierto conjunto banal de experiencias, sólo avizor a lo que pasa, a las oportunidades y a lo que suele acontecer, importando muy poco que por lo demás sea un vinatero o un primer ministro. De esta manera, el pequeño burgués se ha perdido a sí mismo y ha perdido a Dios”, *ibid.*, 63.

(a menudo de manera victimaria), también guardan un rescoldo de posibilidad, el justo para desesperar completamente de ella y echarse definitivamente en brazos de la imposibilidad. La dureza, gravedad y rotundidad de su desesperanza nihilista adolece del atemperamiento consolador (“suave” y kenótico) de la posibilidad. Es como si padecieran de adicción por las tinieblas de la desesperación. Los hombres frívolos, arrojados a lo trivial y banal, por su parte, exhiben las cualidades existenciales opuestas: aferrados a la pequeñez y la insignificancia, huyen de la posibilidad de despertar a la vida y a las alturas (a veces vertiginosas) del espíritu para refugiarse en un mundo confortable, domesticable, rutinario, pero también rematadamente plano, nivelado, gris. Parece que fueran adictos a las novedades y curiosidades que distraen la mirada del peso de la construcción personal. De espaldas a las arriesgadas profundidades de la vida en el espíritu, se lanzan triunfalmente al desarrollo de sus proyectos egolátricos temporales.

## 5. La desesperación vista bajo la categoría de conciencia

La diferencia cualitativa entre la desesperación bajo la doble categoría de finitud-infinitud y la desesperación bajo la doble categoría de posibilidad-necesidad radica en que ésta sea o no consciente. Toda desesperación es consciente, pero esto no quiere decir que todo aquél que se halle en la desesperación, y por ende sea un desesperado, esté consciente de serlo. Así, pues, la desesperación, vista bajo la categoría de conciencia, puede ser consciente o inconsciente de sí.

### 5.1 *La desesperación que está inconsciente de serlo*

Este estado de desesperación es el del hombre que está dominado por lo sensible, que vive exclusivamente en las categorías de lo agradable y desagradable, y que ha dicho adiós al espíritu y la verdad. Los desesperados no tienen el coraje suficiente para soportar ser espíritus, ya que son demasiado sensitivos. Kierkegaard compara el hombre con una casa compuesta de sótano, entresuelo y primer piso. Pues bien, estos individuos son aquellos que armarían un altercado para ver quién tiene la suerte de instalarse en el sótano, es decir, en las categorías de lo sensible<sup>17</sup>.

En la mayoría de las personas, lo sensible prevalece con superioridad sobre su intelectualidad. Estas personas campan a sus anchas, considerándose dichosos e imaginando que lo son, pero a la luz de la verdad no son más que unos pobres desgraciados. Por tanto, al hombre que está desesperado le importa muy poco saber que su estado es el de la desesperación. El hecho de que desconozca su desesperación no hace más que empeorar las cosas, ya que, además de estar desesperado, está en un error con respecto a sí mismo.

---

<sup>17</sup> “Todo hombre es una síntesis de cuerpo y alma dispuesta naturalmente para ser espíritu. Ésta es nuestra estructura. Sin embargo, los hombres prefieren habitar en el sótano, es decir, en las categorías de lo sensible”, *ibid.*, 65.

Comparando el desesperado que es inconsciente de su desesperación con aquel que es consciente, podemos decir que el inconsciente está aún más lejos de la verdad y de la salvación, ya que si es negativo estar en la desesperación, no saber de ella es aún peor. Así, podemos afirmar que éste está más lejos de la salvación y de la verdad que quien sabe que permanece en ella. También está mucho más lejos de ser consciente de que es espíritu<sup>18</sup>. La forma más peligrosa de la desesperación puede ser la inconsciencia, ya que si alguien no es consciente de su desesperación, nada puede hacer por salir de ella, confundiendo incluso la desesperación con la no-desesperación. Por tanto, este individuo que ignora su propia desesperación está a merced de la desesperación misma.

Esta forma inconsciente de desesperación es la más frecuente en el mundo. Kierkegaard ejemplifica este estado de desesperación con el paganismo, ya que el pagano no tiene conciencia, delante de Dios, en cuanto que espíritu. El pagano desconoce el concepto espiritual del yo, ya que está sin la relación a Dios y, por tanto, sin el yo auténtico.

A pesar de todo, hay una diferencia cualitativa entre el pagano en sentido estricto y el pagano dentro de la cristiandad. La diferencia radica en que el pagano antiguo desconoce el espíritu, aunque esté orientado hacia el espíritu, mientras que el pagano dentro de la cristiandad no tiene espíritu por haberse ido alejando de él, lo que hace de este paganismo una negación más estricta del espíritu.

### 5.2 *La desesperación que está consciente de serlo*

Para empezar, habría que dilucidar si el desesperado que es consciente de su desesperación tiene una idea exacta de lo que es la desesperación. Porque puede ser que tal individuo, acorde a la idea que se ha formado, pueda llamarse desesperado e incluso tenga razón, pero esto no quiere decir que tenga la verdadera idea de la desesperación. Por tanto, para que la desesperación sea consciente es necesario tener una idea exacta de lo que es la desesperación, y que uno tenga lucidez sobre sí mismo.

El grado de conciencia va a depender de cuánto más acertada sea la idea que tengamos de lo que es la desesperación. El estado del desesperado viene envuelto en una semioscuridad. El desesperado sabe en su fuero interno que tiene esta *enfermedad mortal*, aunque prefiera no declarar de qué enfermedad se trata, buscando así distracciones para mantener esta situación en la penumbra, o pensando que el malestar que siente se debe a otros motivos.

Hay dos tipos de desesperación que está consciente de serlo: la desesperación de no querer uno ser sí mismo y la desesperación de querer uno ser sí mismo. La deses-

---

<sup>18</sup> “En la ignorancia de que se está desesperado es cuando el hombre está también más lejos de ser consciente en cuanto espíritu. Pero cabalmente esta inconsciencia en cuanto espíritu es la desesperación; el secreto de la falta de espíritu es la desesperación, importando muy poco que la apariencia externa de semejante estado revista la forma de una extinción total, de una vida meramente vegetativa o de una vida ajetreada”, *ibid.*, 67.

peración inconsciente de sí, esto es, la propia del desesperado que no es consciente de estarlo, es siempre una forma de fuga de sí mismo. Por su parte, la desesperación que es consciente de sí, la que pertenece al desesperado que tiene cierto grado de conciencia de su desesperación, supone un estado superior de crecimiento en la maduración del proyecto personal. El desesperado consciente es capaz de reconocer la desesperación en cuanto tal, de aceptar su situación desesperada y, por ambos motivos, de alcanzar una mayor comprensión de su propio yo (como proyecto biográfico de síntesis personal en su existencia).

### 5.2.1 *La desesperación de no querer uno ser sí mismo*

Es ésta la desesperación de la “debilidad”, en oposición a la desesperación de la “obstinación” (desesperación de querer uno ser sí mismo). Se trata de una oposición más que relativa, ya que no hay desesperación que no entrañe oposición o desafío, implícito en esta forma de desesperación del “no querer ser sí mismo”, al igual que no hay obstinación en una desesperación que no venga acompañada de una cierta debilidad. Esta última forma de desesperación es típica de la femineidad.

El primer grado de esta desesperación es la que se da en la pura inmediatez. El individuo no tiene ninguna conciencia infinita de su propio yo, ni de lo que es la desesperación, como tampoco del estado de desesperación en el que se encuentra. En este primer grado, la desesperación es un mero sufrir, un sufrir las presiones de lo externo.

El hombre inmediato esta anímicamente determinado, su yo y él mismo se encuentran dentro de la temporalidad y la mundanidad, en interdependencia con lo otro, sin que nada eterno se encuentre en él. Su yo se relaciona con lo otro, deseando, anhelando, gozando..., pero siempre de una forma pasiva. Este hombre no tiene otro razonamiento más que el de lo agradable o desagradable.

Pero algo le sobreviene al yo, que le empuja a desesperar. Este yo no tiene en sí ninguna reflexión y, por tanto, lo que hace ahora desesperar al hombre le sobreviene de fuera, lo que convierte a esta desesperación en una simple pasividad. La inmediatez es enormemente frágil, y por eso cualquier pequeñez que requiera reflexión es capaz de llevar al hombre que tenga puesta toda su vida en ella hasta la desesperación<sup>19</sup>.

Esta forma de desesperación consiste en que uno no quiere desesperadamente ser sí mismo, o que no quiere desesperadamente ser un yo, o que quiere desesperadamente ser otro distinto, anhelando un nuevo yo. Al mantenerse en la inmediatez, no lleva en sí la capacidad de reconocerse a sí mismo, no posee ningún

---

<sup>19</sup> “Por tanto, la cosa sucede del modo siguiente: aquello en que el hombre inmediato tiene puesta su vida, o, en cuanto todavía hay en él una leve sombra de reflexión, aquella parte de vida interior a la que se siente especialmente vinculado, le es arrebatada «por un golpe del destino» y llega a ser –para usar su propia expresión – un desgraciado; es decir, que la inmediatez en él se ha quebrado de tal manera que ya no puede volver a ensamblarse y no tiene más remedio que desesperar”, *ibid.*, 74.

conocimiento propio, porque, propiamente, no comporta un yo. El hombre inmediato, en el momento de la desesperación, desea haber sido o llegar a ser otro distinto. Este hombre no se conoce a sí mismo y, por tanto, aunque hubiese conseguido ser otro distinto, el individuo seguiría en la misma situación, ya que se desconocería en este caso tanto como en el primero<sup>20</sup>.

Pero esta desesperación se modifica cuando se supone que en la inmediatez existe alguna reflexión. Entonces, el hombre tiene más conciencia de sí mismo y, por tanto, también la tiene acerca de lo que es la desesperación, encontrándose en mejor disposición para ser consciente de su situación como desesperado. Esta forma de desesperación consiste en no querer desesperadamente ser sí mismo. Es la desesperación de la debilidad, que no es otra cosa que pura pasividad.

En este tipo de desesperación se ha dado un avance con respecto a la desesperación de la pura inmediatez, ya que en ésta la desesperación acontecía por algo que le sobre-venía al sujeto, mientras que esta nueva desesperación puede surgir de la propia reflexión del sujeto. Aquí se da un cierto grado de reflexión interior y, por consiguiente, un cierto grado de vuelta al propio yo<sup>21</sup>.

Pero todo esto es así hasta un cierto punto. Pues no es nada raro que este yo tropiece con alguna que otra dificultad tan pronto como trate, en base a su escasa reflexión interior, asumir el yo entero. Por tanto, esta dificultad, sea cual fuere, le hace retroceder llenándolo de pavor. Nuestro sujeto puede reaccionar según dos posibilidades fundamentales: por un lado, puede padecer una experiencia en su vida (accidente, fracaso, enfermedad...) que le impacta en lo más hondo más allá de toda argumentación mental; por otro, también puede echar mano de su capacidad imaginativa para descubrir posibilidades virtuales en su existencia que le abrirían la puerta a la ruptura con la inmediatez y, acaso felizmente, incluso al descubrimiento de la construcción personal auténtica.

El sujeto del caso es presa de la desesperación de la debilidad. Kierkegaard entiende aquí la debilidad como pasividad del yo, que no trabaja activamente por la autenticidad sintética de su propio yo. Es justo la desesperación contraria a la que es propia del activismo en la autoafirmación del yo existente. En este caso, empero, el sujeto intenta defender su propio yo en virtud de la relativa reflexión interior que contiene y,

---

<sup>20</sup> “Todo esto me recuerda la historia de aquel labriego que llegó descalzo a la ciudad, pero que había ganado una tan respetable suma que pudo comprarse un par de zapatos y medias nuevas, quedándole todavía lo suficiente como para coger una borrachera de las buenas... La historia nos cuenta además que tan borracho como estaba no pudo encontrar el camino de su aldea, y mientras lo buscaba se quedó dormido y cruzado en medio de la carretera. A la hora del alba vino por allí un coche de caballos al galope, los cuales, naturalmente, tuvieron que pararse en seco. El cochero se puso a gritar como un loco, diciéndole que o se hacía inmediatamente hacia la cuneta, o no tendría más remedio que pasar por encima de sus piernas. Con tantos gritos, el labriego borracho se despertó y, atendiendo a lo que el cochero decía, se puso a mirar sus piernas, pero al ver las medias y los zapatos nuevos que las cubrían no las conoció, con lo que se puso a gritar a su vez: ¡Pasa, que no son las mías! Lo mismo acontece con el hombre inmediato que está en la desesperación”, *ibid.*, 77.

<sup>21</sup> “Con este cierto grado de reflexión interior comienza un acto de escrutinio, mediante el cual el yo cae en la cuenta de sí mismo en cuanto esencialmente distinto del mundo circundante y de toda la exterioridad con sus presiones”, *ibid.*, 78.

de esta manera, se diferencia de nuevo de la desesperación del hombre inmediato. Este hombre comprende que es un mal paso dejar escapar su propio yo. Ayudado por sus potencialidades reflexivas, mantiene la lucidez suficiente como para poner a su yo por encima de las cosas, eligiéndose a sí mismo incluso si para ello ha de renunciar a muchas de esas cosas. Desarrolla la suficiente inteligencia existencial como para aprender a efectuar toda suerte de concesiones por tal de poder ganarse a sí mismo.

En definitiva, podemos decir que hasta cierto punto este hombre se ha liberado de las garras de la exterioridad, porque percibe que en su yo tiene que haber algo de eterno. Pero esta forma de luchar es inútil, ya que la dificultad con la que ha topado requiere una ruptura con todo lo inmediato, y para esto le falta la reflexión ética, o propiamente interior. No es consciente de la necesidad de conquistar su yo auténtico ni de que para ello se requiere una “abstracción infinita” de la pura exterioridad finita. Para ingresar en la existencia auténtica, debe volver la atención de fuera adentro, es decir, ha de fijar reflexiva e introspectivamente la mirada sobre su interioridad propia, haciendo así posible el inicio de su síntesis personal de finitud e infinitud. Se experimenta entonces en su ser desnudo, en la transparencia de un yo desligado de la exterioridad (abstracto). Este “yo abstracto y desnudo” es ya justamente lo contrario del yo sumido y extraviado en la existencia inmediata cotidiana. Constituye una primera forma de configuración del yo auténtico en su cruzamiento con lo infinito, como fuente que es del dinamismo mediante el cual el existente comienza a asumir de manera creativa su “yo real” (con sus límites y horizontes, sus beneficios y desventajas, sus dificultades y apoyos).

Por lo tanto, la desesperación de este hombre consiste en no querer ser sí mismo. Ante la dificultad, el hombre abandona su sí mismo, no atreviéndose a regresar a sí mismo mientras que la dificultad persista, no queriendo ser sí mismo en esas condiciones. Si la dificultad persiste, entonces abandona en seguida y por completo el camino hacia el interior, el cual debió seguir para ser un verdadero yo. No es un yo más que hasta cierto punto, ya que no es capaz de pasar de ahí. Entonces asumirá todo aquello que representa su propio yo, orientado hacia el exterior, pero tomando precauciones con la poca reflexión que todavía hay en él, no vaya a ser que reaparezca lo que en el trasfondo de su alma yace condenado<sup>22</sup>.

La desesperación por lo terrenal o por algo terrenal es la desesperación más extendida, sobre todo, en la segunda forma, como inmediatez que comprende una pequeña dosis de reflexión.

---

<sup>22</sup> “Para que el arrepentimiento surja es necesario que se empiece por desesperar a fondo. [...] Pero nuestro sujeto está desesperado de una forma que no se atreve a tomar esa decisión. Permanece plantado donde estaba y deja que el tiempo corra... y si las cosas empeoran, entonces desespera todavía más, olvidando todo lo que puede y convirtiéndose así en su propio alcahuete, en vez de ser el penitente arrepentido que debiera. Sin embargo, tanto en el caso del joven como del hombre adulto, la desesperación es aquí esencialmente la misma, puesto que no se llega a ninguna metamorfosis que favorezca la pronta incorporación de la conciencia de lo eterno en el yo, con lo que podría desencadenarse la batalla de las dos posibilidades: la de una desesperación en una forma todavía más profunda, o la de terminar alcanzando la fe”, *ibid.*, 84.

La desesperación por lo terrenal o por algo terreno es también desesperación en torno a lo eterno o por uno mismo, siendo ésta última la verdadera desesperación. El desesperado por lo terrenal, anteriormente descrito, no se daba cuenta de lo que sucedía a sus espaldas. Esta clase de desesperados creen que lo están por lo terrenal, cuando verdaderamente están desesperados de lo eterno. Lo vemos con total claridad en el aprecio que tanto tienen a lo temporal. Tanto lo aprecian que convierten a lo temporal virtualmente en lo eterno. Ponen el máximo de su aprecio en determinadas cosas temporales importantes para su ego y de ahí pasan a entregarse desmedidamente al todo de lo temporal absolutizado.

Esta desesperación constituye, en definitiva, un progreso sobre la anterior. Si la desesperación anterior decíamos que era la de la debilidad, podemos decir que ésta es la desesperación por su propia debilidad. La forma anterior de desesperación veíamos que contenía una conciencia de la debilidad, mientras que ahora no sólo se tiene esta conciencia de la debilidad, sino que además se tiene de la propia debilidad. Ascendiendo un poco más en la conciencia del yo, el desesperado comprende como una manifestación de su debilidad el tomarse tan a pecho lo temporal, comprendiendo también que desesperar es una debilidad, pero en lugar de escapar del peso de la desesperación para alcanzar la fe, y ponerse delante de Dios, no hace más que ahondar su desesperación. De esta manera, el sujeto se da más cuenta de su desesperación, sabe que desespera en torno a lo eterno y por sí mismo, y comprende que la causa de darle tanta importancia a lo temporal se debe exclusivamente a la debilidad que le domina. Este hecho se convierte para él en la expresión desesperada de que ha perdido a lo eterno y a sí mismo.

En este plano de desesperación se produce un importante ascenso en la toma de conciencia del propio yo. Consciente de sí, puede desesperar propiamente ante lo eterno, pues no puede haber desesperación ante lo eterno sin conciencia del yo personal. Es más, la desesperación ante la desproporción con lo eterno (como también la desesperación ante la desproporción con lo temporal) no es en el fondo más que una desesperación por el propio yo. Esta conciencia auténtica del yo personal y la subsiguiente conciencia virtual de la desesperación ante lo eterno redundan en un conocimiento más profundo y completo de la desesperación en cuanto tal y, en base a ello, de sí mismo en cuanto que desesperado. Ahora la desesperación ya no es una mera pasividad sino una actividad. Esta forma de desesperación es mucho más intensa que la anterior. Precisamente por esto, está mucho más cerca de poder curarse, ya que es muy difícil de olvidar, aunque la posibilidad de curación sólo se encuentra cercana mientras que la herida de la desesperación se mantenga abierta.

Sin embargo, esta desesperación ha de estar incluida en la desesperación de no querer ser sí mismo. Esta desesperación se mantiene aún dentro de la debilidad; su yo se resiste en reconocerse en ella, la cual desesperadamente no puede echar en el olvido, haciendo que, en cierto sentido, se odie a sí mismo. El yo se encuentra sentado y vigilándose a sí mismo, y aunque continúa amándose, ocupa el tiempo en no querer ser sí mismo, tornándose un ser hermético. El desesperado hermético tiene una desesperación más profunda que la anterior, siendo este tipo de desesperación el menos frecuente en el mundo.



Por lo tanto, es un yo encerrado en sí mismo, que no le confía a nadie los secretos íntimos de su propio yo, cerrado herméticamente a la comunicación. Todo esto no quita que este hombre sea un hombre real, externamente. Así, en este sentido puede ser un hombre con estudios, un padre de familia, respetado por los amigos, incluso hasta un buen cristiano, aunque prefiere que no se hable del asunto.

De esta manera, el desesperado hermético, ocupado con la relación de su propio yo consigo mismo, sigue viviendo, sucesivamente, unas horas que, aunque no vividas de suyo para la eternidad, sin embargo, tienen un poco que ver con ella. Lo peor del caso es que nuestro desesperado está estancado ahí.

Entonces, este individuo puede permanecer plantado en el mismo punto donde se encontraba, dando vueltas como una peonza. De no ser así, y si a nuestro desesperado no le acontece un cambio tan grande que lo introduzca en el camino que conduce a la fe, pueden suceder dos cosas: o que su desesperación se eleve a un estado superior de desesperación, permaneciendo siempre en este hermetismo, o que expulse todas esas apariencias bajo las cuales estuvo viviendo de incógnito. Pero en este último caso también pueden suceder dos cosas: o bien que este individuo se lance de lleno a la vida, pretendiendo con ello olvidar todo el trance y acallar todos esos ruidos interiores, o bien que se arroje a la vida de los sentidos, al libertinaje, para así volver desesperadamente a la inmediatez, pero siempre con la conciencia de no querer ser sí mismo. En el primer caso, el de la “desesperación potenciada”, lo que prima concretamente es la obstinación e insistencia por parte del existente en seguir su propio plan biográfico más o menos solipsista. Su recurso a la debilidad a la hora de justificar su no salir de sí se revela como una táctica autárquica encubierta. Más aún, como sospecha Kierkegaard, la primera expresión de la obstinación la constituye precisamente la desesperación que uno siente respecto de su propia debilidad.

Este hombre hermético no hace más que tropezar en la taciturnidad. Cuando el taciturno lo es absolutamente, no suele tener otra salida que la del suicidio. Pero si este hermetismo no es total y el taciturno decide hablar y confiarse a alguien, es muy posible que el hombre se vea tan apesadumbrado que después de su confidencia no piense en el suicidio como la salida de su aislamiento. Aunque también puede ocurrir que este hombre desesperado desespere aún más al pensar que hubiese sido mejor mantenerse en silencio que haberse confiado a otra persona, y se cierre de nuevo en un hermetismo mucho más intenso, o que elimine las personas a las que se confió<sup>23</sup>.

---

<sup>23</sup> “Un poeta podría muy bien describirnos esta catástrofe de otra manera. Empezaría por fingir que el desesperado taciturno era un rey o un emperador, que una vez hecha la confidencia terminaría por mandar matar al confidente. [...] No cabe duda de que sería todo un tema para el poeta trágico el pintar esta contradicción dolorosa que se da en un demoníaco al no poder pasarse sin un confidente y al mismo tiempo no poder tenerlo sino eliminándolo”, *ibid.*, 91.

### 5.2.2 *La desesperación de querer uno ser sí mismo*

Si la desesperación anterior podía llamarse de la femineidad, ésta podemos llamarla de la virilidad. La desesperación precedentemente descrita estaba provocada por la propia debilidad, no queriendo el desesperado ser sí mismo. Sólo basta un pequeño paso para que este desesperado caiga en la cuenta del verdadero motivo por el que no quiere ser sí mismo. Si esto sucediera, le vendría la obstinación, ya que aquél no quiere otra cosa que ser sí mismo. Éste es el último camino de la desesperación.

En el camino que hemos recorrido, hemos visto cómo lo primero que aparece es la desesperación por lo temporal o por alguna cosa temporal, que, evolucionando, se convierte en desesperación por lo eterno o por uno mismo cuando el desesperado percibe cuál es el verdadero motivo de su desesperación; esto sucede cuando comprende que su desesperación está ocasionada por su debilidad, y es esta autoconciencia de debilidad lo que le hace que desespere como reacción a esa misma debilidad. En este proceso dialéctico, el desesperado se da cuenta de que se desesperaba por no querer ser sí mismo, ya que no era capaz de ser ese sí mismo que hasta entonces rechazaba. Así, la debilidad se transforma en obstinación y el desesperado lo es porque ya no quiere otra cosa que ser sí mismo.

En esta desesperación hay una ascensión en la conciencia del yo y, por tanto, también en la conciencia que el yo tiene de lo que es la desesperación y de que su estado es el de la desesperación. Este yo por fin se da cuenta de que la desesperación que padece no está ocasionada por una presión externa, sino que brota de su propio yo.

La desesperación aquí distorsiona todo lo relativo a lo eterno en cuanto tal. La distorsión proviene ahora por el lado del exceso: el desesperado abusa desproporcionadamente de lo eterno que halla en su propia individualidad. Pero es de subrayar que el desesperado se encuentra ya más cerca de la verdad, por cuanto que, aunque de manera desproporcionada en su búsqueda de síntesis, proyecta temporalmente ésta contando con lo eterno. Pero, como lo hace sin la afirmación viva de la fe, en otro sentido se encuentra infinitamente lejos de la verdad. Aún le falta dar el paso definitivo del encuentro personal con Dios, pero su desesperación contiene la semilla del tránsito hacia la vida de fe, hacia la existencia creyente. La desesperación transitable hacia la fe también se entrecruza con lo eterno, pero sin las distorsiones provenientes del aferramiento al ego. Cree maduramente en la ayuda de lo eterno y, contando con ella, está dispuesto a perderse (como ego narcisista) para ganarse (como existencia auténtica). La desesperación que usa y distorsiona lo eterno, empero, se niega en absoluto a perderse en modo alguno y sólo desea conquistarse a sí mismo sin el concurso de lo divino<sup>24</sup>.

Este yo tiene conciencia de ser un yo infinito, pero en la más abstracta de sus posibilidades. Y éste es el yo que el desesperado quiere ser, desligado del Poder que lo fundamenta, o refutando la idea de que tal poder exista. Tiene la desesperada preten-

---

<sup>24</sup> Cf. *Ibid.*, 92.

sión de disponer de sí mismo para ser su propio creador, para hacer el yo que él quiere ser y determinar lo que este yo concreto ha de poseer o desechar. Este hombre quiere ser libre para disponer a su antojo y así poder hacer de su yo el yo que él quiere ser. De este modo, excluye su propio yo, creyendo que su tarea no está vinculada con el yo que le ha sido dado, sino que personalmente quiere construir su yo desde la raíz, sin poderes en los que apoyarse.

Ahora bien, para ver aún mejor esta forma de desesperación, se ha de diferenciar entre el “yo activo” y el “yo pasivo”. El desesperado que es un yo activo va a relacionarse consigo mismo a través de experiencias. No reconoce sobre sí ningún poder. El yo activo es un tanto fraudulento: al igual que Prometeo robó el fuego a los dioses, este yo quiere quitarle a Dios el pensamiento de que Él nos contempla. Pero, al no ser factible, el yo desesperado se contenta con mirarse a sí mismo. Como no podrá darse más de lo que ya es, siempre será el mismo yo. Lo curioso es que a pesar de todo el esfuerzo que el desesperado pone para llegar a ser sí mismo, él no consigue en realidad llegar a ser ningún yo. En su dialéctica no hay ningún punto de apoyo donde el yo pueda mantenerse firme<sup>25</sup>. Está cada vez más lejos de llegar a ser sí mismo, dejando al descubierto que se trata de un yo hipotético. El yo cree que es su propio dueño y señor, y es precisamente en esto en lo que consiste su desesperación, considerándolo a la vez como el mayor placer y gozo. En definitiva, todo va a estar condicionado a la arbitrariedad del mismo yo.

Por tanto, este yo desesperado sólo construye castillos en el aire. Quiere desesperadamente gozar de la vanagloria de hacerse a sí mismo, de su proceso, de su peculiar ser sí mismo, y que se le honre por toda esa comprensión de sí mismo. Pero su comprensión propia no es más que una incógnita, porque muy bien puede sucederle que, después de haber construido ese gran castillo, éste se venga abajo.

Si el yo desesperado es un yo pasivo, por su parte, éste también querrá desesperadamente ser sí mismo. El yo experimentador del que hemos hablado anteriormente quiere asimismo llegar desesperadamente a ser sí mismo, aunque haya chocado en ocasiones con alguna que otra dificultad al orientarse en la dirección de su yo concreto. En un lenguaje cristiano, podemos decir que a este yo “le ha caído una cruz”. Lo primero que haría el yo negativo<sup>26</sup> sería arrojar dicha cruz lo más lejos posible de su yo, haciéndola olvidar como si no existiera. Pero en este intento no puede más que fracasar, ya que no tiene la suficiente destreza para tal abstracción. Por tanto, al igual que Prometeo, este yo negativo e infinito se sentirá arrojado a esa cruz y, entonces, aquí ya tenemos un yo que padece.

---

<sup>25</sup> “La forma negativa del yo ejercita tanto poder que desliga como el poder que ata; y por esta razón puede en todo momento y de la manera más arbitraria volver a empezar de nuevo, al mismo tiempo que por mucho que se persiga una idea siempre quedará la acción correspondiente encerrada dentro de una hipótesis”, *ibid.*, 94.

<sup>26</sup> Kierkegaard denomina “yo negativo e infinito” a aquella posibilidad existencial del hombre en la cual su yo se niega a concretar su proyecto en el plano de lo necesario y lo inmediato, para arrojarse sin restricciones a abstraer (apartando su atención de lo existencialmente relevante) dimensiones de la realidad según su capricho. Así, hace imposible, rehuyéndola, la tarea de la construcción auténtica de su propio yo.

Ahora bien, este desesperado tiene conciencia de que lleva la desesperación tan dentro de sí que le es imposible quitársela de encima. Tal aguijón en la carne le ha sido tan profundamente clavado que no puede abstraerse del mismo, llevándolo dentro por toda la eternidad. Este desesperado quiere obstinadamente ser sí mismo y, aferrándose contra el aguijón del cual no quiere deshacerse, no está dispuesto a introducirse en el camino que lleva a la resignación. Prefiere consolarse de sus tormentos, sin aceptar ayuda alguna<sup>27</sup>.

Este yo, por lo demás, se convierte en un desesperado demoníaco. El individuo ya no sólo quiere ser sí mismo, sino que quiere ser sí mismo odiando la existencia y provocando su propia desgracia. No se desliga del Poder que lo fundamenta sino que pretende imponersele desafiándolo; así permanece unido a Él, convirtiendo su vida en un desafío. Se revela a toda la existencia creyendo que ha encontrado un argumento contra ella. El desesperado cree que él es ese argumento, y por esta razón quiere ser sí mismo, aferrase a su propio tormento, para de ese modo rechazar la existencia entera. Por lo tanto, no quiere escuchar la palabra de consolación, ya que ese consuelo representaría su ruina, el fin de su argumentación<sup>28</sup>.

En síntesis, podemos considerar las diversas modalidades y perspectivas desde las cuales Søren Kierkegaard considera la categoría existencial de “desesperación”:

### 1. La perspectiva de la finitud-infinitud:

#### 1.1 Falta de finitud, se revela como desesperación de la infinitud.

El hombre se pierde a sí mismo porque se convierte en un ser imaginario, es decir, el yo se infinitiza, adentrándose en una existencia fantástica o en un abstracto aislamiento, careciendo de su mismidad, de la cual no hace más que desvincularse más y más.

#### 1.2. Falta de infinitud, se revela como desesperación de la finitud.

Este hombre es un yo mundano, solo se encuentra en contacto con lo inmediato, dando valor infinito a cosas que no tienen ninguna importancia: riqueza, honores, placeres, deseos...

---

<sup>27</sup> “Porque esperar la posibilidad de un socorro, especialmente en fuerza del absurdo de que para Dios todo es posible..., eso no lo quiere él de ninguna manera. Ni tampoco quiere, por nada del mundo, buscar ayuda en cualquier otra persona. No, antes que buscar ayuda, nuestro desesperado prefiere ser sí mismo aun a costa de todos los tormentos del infierno”, *ibid.*, 96.

<sup>28</sup> “Supongamos que un autor cometiera una errata y que éste llegara a tener conciencia de que era una errata. Entre paréntesis digamos que en realidad quizá no fuera una errata, sino algo que mirándolo desde muy alto formaba parte esencial de la narración íntegra. La cosa es que esa errata se declaraba en rebeldía contra el autor y movida por el odio le prohibía terminantemente que la corrigiese, diciéndole como en un loco desafío: ¡No, no quiero que se me tache, aquí estaré siempre como un testigo de cargo contra ti, como un testigo fehaciente de que eres un autor mediocre!”, *ibid.*, 99.

## 2. La perspectiva de la posibilidad-necesidad:

### 2.1 Carencia de necesidad, se revela como desesperación de la posibilidad.

El yo huye de sí mismo para sumergirse en un mar de posibilidades, perdiendo el sentido de la realidad, ya que el yo se convierte en un espejismo, en una posibilidad abstracta. Todo se convierte en posible para el yo, quedándose todo en pura posibilidad.

### 2.2 Carencia de posibilidad, se revela como desesperación de la necesidad.

El yo que carece de la posibilidad se le convierte todo en necesario y trivial. Esta desesperación proviene de la pérdida de Dios y, con ello, de la pérdida de sí mismo. Este yo determinista, es un yo desesperado porque no tiene Dios, ya que su “Dios” es la necesidad.

## 3. La perspectiva de la conciencia-inconciencia:

### 3.1 Desesperación inconsciente.

Es el hombre que está dominado por lo sensible, que vive exclusivamente en las categorías de lo agradable y desagradable, y que ha dicho adiós al espíritu y la verdad. Éste, está aún más lejos de la verdad y de la salvación, que el que está consciente de ser un desesperado.

### 3.2 Desesperación consciente:

#### 3.2.1 La desesperación de “no querer ser sí mismo”.

Esta forma de desesperación consiste en que uno no quiere ser sí mismo, o que no quiere desesperadamente ser un yo, o que quiere desesperadamente ser otro distinto, anhelando un nuevo yo.

#### 3.2.2 La desesperación de “querer ser sí mismo”.

El desesperado se da cuenta de que desesperaba por no querer ser sí mismo, ya que no era capaz de ser ese sí mismo que hasta entonces rechazaba. Esta desesperación se convierte en obstinación, ya que el yo desesperado no quiere otra cosa que ser sí mismo. Esta es una desesperación a expensas de lo eterno.

La reflexión de Søren Kierkegaard lo va conduciendo hacia un horizonte en el cual el existente pueda desplegar su existencia en autenticidad, superando la situación de una desesperación sin salida. De este modo, el filósofo danés intenta liberar la oclusión a la que conduciría la existencia en pura desesperación, ubicándola delante del Otro que la dona y la fundamenta como relación.

## 6. Conclusión

Para el filósofo danés, el hombre es un ser dialéctico. El hombre está en devenir, en proceso, ya que ha de hacerse a lo largo de su existencia. Por tanto, el hombre no es “uno” desde su inicio, sino que es más bien un “compuesto” que tiene la tarea propia de llegar a ser “individuo”, teniendo que poner para ello la síntesis que proporciona la unidad a los distintos elementos que lo integran. Sin embargo, la síntesis del individuo es fruto de una propia elección, ya que no se trata de un proceso necesario. Cada individuo, desde su libertad, ha de elegir libremente ser Individuo. El hombre alcanza esta síntesis de su individualidad cuando se elige a sí mismo libremente apoyándose en el Absoluto, esto es, como ser libre pero que al mismo tiempo es dependiente del poder que lo fundamenta, ya que “al autorrelacionarse y querer ser sí mismo, el yo se apoya de una manera lúcida en el Poder que lo ha creado”<sup>29</sup>.

El hombre es una síntesis de alma y cuerpo. El hombre, a través del cuerpo y del alma, descubre las limitaciones y las posibilidades propias de la existencia humana. La síntesis entre el alma y el cuerpo es denominada espíritu o, mejor dicho, es este espíritu el que pone en relación el alma y el cuerpo, siendo aquí donde se despierta la autoconciencia.

Este yo se constituye en una doble relación, ya que el cuerpo y el alma entran en relación a través del espíritu, pero al mismo tiempo el espíritu se relaciona consigo mismo, es decir, se autofundamenta. Sin embargo, es cabalmente aquí donde ha de establecerse si esta autofundamentación es absoluta o derivada. Para Kierkegaard, esta estructura relacional del hombre se entiende no sólo en sentido ontológico, sino principalmente en sentido ético-religioso. Por tanto, una relación que se relaciona consigo misma, o ha sido puesta por ella misma o, por el contrario, se trata de una relación derivada que ha sido puesta por otro. Pero lo propio que caracteriza a la existencia humana es que no puede ponerse a sí misma, de donde se deduce que ha sido puesta por otro, que es derivada y dependiente. Precisamente, es en ese doble relacionarse donde el yo ha de escoger entre fundamentarse en un tercero, es decir, en Dios, en el Poder que lo fundamenta, o autofundamentarse a sí mismo. Un yo que se escoge sólo a sí mismo como fundamento de sí cae inevitablemente en la desesperación, pues el yo finito es por sí mismo un yo radicalmente falto de fundamento, un yo desfondado. Por el contrario, cuando nuestro yo se trasciende tanto a sí mismo que llega a fundamentarse en Dios, alcanza su verdadera libertad. Sólo un yo libre puede escoger al Absoluto y sólo

---

<sup>29</sup> *Ibid.*, 33.

la elección del Absoluto, origen y fin de la existencia humana, puede conducir a ésta a su verdad más íntima.

Según Kierkegaard, una evidencia de que el yo-relación no ha sido puesto por el hombre es precisamente que hay dos modos esenciales de desesperar: uno en el que el yo busca desesperadamente ser sí mismo y otro en el que el yo busca desesperadamente no ser sí mismo, es decir, despojarse de su yo y hacerse a sí mismo a su antojo. De acuerdo con esto, si el yo del hombre se hubiera puesto a sí mismo, no podría desesperar más que de la segunda manera, la de no querer desesperadamente ser sí mismo; y no podría hablarse de la desesperación que consiste en querer uno ser sí mismo. Pero, si al intentar uno ser sí mismo, también cae en la desesperación, en esta situación se revela una dependencia del yo-relación respecto de la postulada alteridad. De este modo, el yo tiene la posibilidad de ser “sí mismo” y superar la “enfermedad”<sup>30</sup>.

Esta relación de dependencia expresa la incapacidad que tiene el yo para lograr por sus propias fuerzas el equilibrio y la paz, o persistir en ellos, a no ser que, mientras que se relaciona consigo mismo, lo haga también respecto de aquel Poder que lo fundamenta.

El yo meramente autofundado es el yo correspondiente al hombre que pretende construir su existencia de espaldas a Dios. Cae en la desesperación porque, al hacerlo así, traiciona su propio ser dialéctico violando lo más íntimo de sí: su espíritu. El hombre es un espíritu llamado a alcanzar su propia síntesis fundamentándose en Dios.

El yo del individuo es, en primer lugar, una síntesis de finitud e infinitud. Si el hombre no encontrase esta síntesis en su vida, no llegaría nunca a poseer un yo. La infinitud del hombre es fruto de la fantasía, la cual hace que el hombre se encuentre en una existencia idealizada, rechazando así las limitaciones del mundo concreto finito y sus circunstancias reales. En un mundo fantástico, el hombre se convierte en un ser imaginario. Por tanto, el hombre se pierde a sí mismo, reniega de sí mismo. Este yo que ha rechazado lo finito para adentrarse en un mundo infinito de fantasía terminará en la desesperación.

Pero el hombre que rehúsa del infinito es un hombre mundano, que sólo se halla en contacto con lo inmediato, dándole valor infinito a cosas que no tienen importancia alguna: riquezas, honores, placeres, deseos... El hombre mundano va perdiendo su subjetividad, se va empobreciendo y empequeñeciendo, ya que se ve privado de llegar a ser un yo delante de Dios.

Esta síntesis de finitud e infinitud no halla su solución en la elección de uno de estos dos elementos, ya que el yo es la síntesis conciente de finitud e infinitud, la cual se relaciona consigo misma, y cuya tarea no consiste sino en llegar a ser sí mismo, tarea

---

<sup>30</sup> Cf. HÉCTOR IGNACIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, “Preludio del espíritu. Una lectura contemporánea de la desesperación en la obra de Søren Kierkegaard”: *Naturaleza y Gracia* LIX, (1/enero-abril, 2012) 87.

sólo verificable en la relación con Dios. Ahora bien, llegar a ser sí mismo significa hacerse “concreto”. Pero hacerse concreto no significa llegar a ser finito o infinito, sino que lo que tiene que hacerse concreto es la síntesis. Por tanto, el hombre tiene que hacerse concreto, debe llegar a relacionarse infinitamente con Dios desde la finitud de la corporeidad y de la situación circunstancial. La relación del hombre con Dios es una relación personal real y auténtica, y no una simple relación potencialmente infinita de nuestra fantasía. Es la relación de un ser que se ha escogido a sí mismo fundamentándose en el poder de Dios, y no ya en la voluntad propia. Al elegirse en Dios con su libertad y su determinación finitas, establece una relación concreta –de carne y hueso-, y no ya puramente abstracta, con el Absoluto personal.

En segundo lugar, el existente auténtico ha de efectuar igualmente su propia síntesis de temporalidad y eternidad. Deber cruzar, mediante un encuentro personal con Dios, su irrepetible biografía mortal misma con el Rostro eterno que ilumina y vivifica a todas las biografías contingentes.

Por último, el hombre también es una síntesis de necesidad y posibilidad. El yo en sí mismo ha de hacerse. Pero, en cuanto que sí mismo, es necesidad; y, en cuanto que ha de hacerse, es posibilidad. Ni la posibilidad ni la necesidad pueden faltar. Si el yo prescinde de su necesidad, será un yo desesperado, ya que el yo rehúye entonces de sí mismo para sumergirse en un mar de posibilidades, sin que quede nada necesario a lo que retornar. Todo se muestra como posible, haciendo del yo un espejismo que ha perdido el sentido de la realidad. Por tanto, el yo no se acepta a sí mismo con sus limitaciones y se convierte en un yo irreal.

Con la carencia de posibilidad, todo se convierte en necesario o en trivial. El individuo ha perdido su propio yo y, por tanto, es un yo desesperado. Esta desesperación proviene de la pérdida de Dios y, con ello, de la pérdida de sí mismo. El determinista no tiene Dios, sino que su Dios es la necesidad.

Mientras que para el yo fantasmagórico todo es posible porque ha perdido la realidad, el yo que pone la síntesis no pierde la realidad, sino que se abre a la posibilidad que se fundamenta en Dios: “El creyente posee el eterno y seguro antídoto contra la desesperación, es decir, la posibilidad; ya que para Dios todo es posible en cualquier momento”<sup>31</sup>.

El presente ensayo pretende dilucidar el camino que recorre, según Kierkegaard, el hombre a lo largo de su existencia para llegar a ser sí mismo. Concluye sosteniendo que ese camino sólo conduce hacia el sí mismo cuando el hombre decide libremente apoyarse en el Poder que lo fundamenta.

El hombre que no se elige a sí mismo y que no se apoya en el Poder que lo fundamenta es un ser que desespera. Según el estadio en el que se encuentre el hombre,

---

<sup>31</sup> S. KIERKEGAARD, *La enfermedad mortal*, o. c., 61.



así será su angustia y desesperación. Pero solamente en el tercero, cuando el hombre acepta y vive la paradoja de la fe, puede realizar su existencia plenamente, porque sólo en este estadio es donde descubre que está en relación de dependencia respecto a un Poder que no es él mismo. Por tanto, el individuo por fin asume plenamente su relación con el Absoluto.

El claro ejemplo, para Kierkegaard, es Abraham, el caballero de la fe. Abraham abandonó el país de sus antecesores para seguir el camino que le indicaba Yahvé. Abandonó todo lo que tenía por algo que ni siquiera tenía la certeza de que iba a poseer. Dejando su razón, se acogió a su fe. La recompensa era que sería bendecido por todos los estirpes. Pasaba el tiempo y la posibilidad se hacía tan remota como absurda, pero Abraham tenía fe. Los años cada vez hacían más mayor a su esposa Sara y, aun así, él seguía esperando su linaje prometido por Yahvé. Abraham no vaciló en la promesa y siguió fiel al mandato divino. Y nació Isaac. Sin embargo, Dios puso nuevamente a prueba a Abraham y le pidió que le ofreciera a Isaac en sacrificio. Tenía que sacrificar a Dios a su deseado unigénito. De modo que el absurdo estaba ahora en todo su esplendor y era hora de creer en verdad. Parecía que no sólo no iba a tener linaje, sino ni siquiera el hijo que esperó hasta su ancianidad y que, cuando llegó, fue el mayor consuelo y bendición a tanto tiempo esperado. Pero ahora Yahvé le ordena que se lo ofrezca en sacrificio en el monte Moriah. Sin sentido, sin razón, lo único que le quedaba a Abraham era su fe. Sin embargo, Abraham no dudó de Dios y levantó el cuchillo. Por su fe, Dios salvó a su hijo del sacrificio y le dio, junto con la descendencia prometida, una larga ancianidad.

Es importante matizar que lo que Kierkegaard quiere subrayar de la historia de Abraham no es sólo la virtud que representa dar a Dios lo máspreciado, sino la importancia de la fe absoluta en Dios para la salvación, hasta la fe en el absurdo. Kierkegaard quiere en su obra mostrar que quien llega a la fe se está jugando el sentido mismo de la existencia.

En conclusión, el pensamiento existencial de Kierkegaard le conduce al convencimiento de que el único posible modo de realizar en autenticidad la existencia es reconociendo la individualidad del yo como espíritu y que éste encuentra su fundamento último en una alteridad que lo pone en soledad ante Dios. Es sólo así como puede superarse la situación de angustia y de desesperación, sea ésta inconsciente, lo que conduce a una vida anónima en la masa, sea ésta consciente pero vivida de forma autocrática, lo que ocluye el horizonte de la existencia y ubica al individuo consciente de su angustia y desesperación en un límite a la postre insostenible (un límite que puede resolverse en distintas situaciones: la locura, el suicidio, el fanatismo...).

En suma, la autenticidad de la existencia se realiza delante de Dios, en donde no puede ser sustituida ni por la masa anónima social, ni por la máscara de la inconsciencia, sino que se ve en la “ineludible libertad” de tener que acogerse a sí misma como maravilloso don de Dios. El individuo, en conclusión, es para Kierkegaard la persona biográfica y la persona biográfica auténtica es fundamentalmente un yo teologal.